

Ñuble y la crisis silenciosa de su educación media



**MIGUEL ÁNGEL SAN MARTÍN
ARRIAGADA**
RECTOR COLEGIO
CONCEPCIÓN CHILLÁN

La entrega de los resultados Simce el pasado marzo nos situó frente a una verdad incómoda que la Región de Ñuble debe procesar con madurez. Celebramos con justicia el avance en 4° básico, donde nuestros estudiantes superaron la media nacional, un hito que parece inyectar optimismo.

No obstante, debemos ser cautos. Si bien estos datos sugieren una recuperación post pandemia, las cifras brutas siguen siendo bajas. Este éxito inicial se desvanece cuando miramos el espejo de la educación media, donde el sistema parece estancarse en una inercia preocupante que frena el potencial de nuestros jóvenes justo cuando están a las puertas de la vida adulta.

El problema no es solo de puntajes; es una crisis de raíces más profundas. Los resultados 2025, presentados en marzo de 2026, fueron el preludio de la crisis de convivencia que ha estallado en nuestras aulas. Mientras el promedio nacional en el indicador de "Clima de Convivencia Escolar" en 2° medio se mantiene en una frágil estabilidad, nuestra región muestra una herida abierta.



Debemos avanzar dando espacio para un compromiso y vínculo incondicional de las familias con los procesos pedagógicos, promoviendo la idea de una verdadera comunidad educativa. Si seguimos priorizando el papel sobre la persona y la inercia sobre la audacia del cambio, ¿estaremos realmente garantizando un futuro digno para los jóvenes de Ñuble, o solo estaremos administrando un estancamiento decorado con cifras parciales? La respuesta no puede esperar al próximo marzo.

Ñuble alcanza apenas los 76 puntos, evidenciando una crisis que hoy, en abril de 2026, ha escalado a niveles de agresividad que ya no podemos omitir.

Es imperativo comprender que la calidad educativa no es un fenómeno aislado del entorno humano. Al mejorar la convivencia y el buen trato, los resultados académicos mejorarán por añadidura. Pero este cambio requiere una apuesta decidida por el desarrollo profesional docente; no basta con la voluntad, se necesita una formación continua que entregue herramientas reales para liderar aulas cada vez más complejas. Un docente fortalecido en su saber y su didáctica es el único capaz de transformar la disciplina y la tradición académica en un vehículo moderno para el aprendizaje. La tradición no es inmovilismo; es el rigor y el hábito que, al ajustarse a los nuevos desafíos digitales y socioemocionales, permite que el estudiante alcance su mayor potencial.

Debemos rescatar la responsabilidad pedagógica de los colegios, hoy secuestrada por una asfixiante burocracia. Disminuir esta carga es una urgencia estratégica para que el profesor recupere

su energía en función del pensamiento superior. Necesitamos que nuestros adolescentes dejen de cumplir tareas mecánicas y comiencen a analizar, criticar y crear; solo así el rendimiento será el reflejo de un aprendizaje profundo y duradero.

Lograr que el respeto sea la moneda de cambio es devolverle al sistema su brújula moral. Se requiere restituir la autoridad pedagógica, hoy debilitada por protocolos que a menudo dejan a la institución sin herramientas efectivas ante conductas graves, desvirtuando el sentido de una verdadera inclusión que debe proteger el bienestar común.

Debemos avanzar dando espacio para un compromiso y vínculo incondicional de las familias con los procesos pedagógicos, promoviendo la idea de una verdadera comunidad educativa.

Si seguimos priorizando el papel sobre la persona y la inercia sobre la audacia del cambio, ¿estaremos realmente garantizando un futuro digno para los jóvenes de Ñuble, o solo estaremos administrando un estancamiento decorado con cifras parciales? La respuesta no puede esperar al próximo marzo.